

## Lo que el ojo no ve

Juan P. Gutiérrez



Los paseantes llegan por distintos caminos al punto de encuentro: el Puente romano, que de romano tienen poco. El murmullo de las conversaciones se acompaña con el murmullo del agua del *Río Grande* mientras esperan iniciar su paseo repasando algunos de los elementos musulmanes conservados intramuros de la *Qurtuba, capital de al-Ándalus*.

Rompemos, simbólicamente, la muralla atravesando la *Puerta del Puente (Bab al-Qantara)*, una de las siete puertas de la Medina islámica, si bien nos damos cuenta que, aunque a ambos lados tiene partes de la antigua muralla, la *Puerta* que nosotros cruzamos nada tiene que ver con la musulmana. Es un puerta monumental

de 1576, remodelada en 1928, reinado de Alfonso XIII.

No gustaban los gobernantes del populismo de cercanías que ahora se practica. Parece que entendían mejor que su figura se ensalzaba más mientras menos se exponía al pueblo. ¿No sería para protegerse mejor?

Estas consideraciones son las que nos hacemos al pisar el plano que hay en el suelo de los pilares del *sabat* (pasadizo elevado) que el emir *Abd-Allah* se construyó para pasar de su alcázar a la mezquita sin mezclarse con la gente que hubiera en la calle. Miramos la puerta de acceso y nos imaginamos al califa Al-Hakam II, (961-967) transitando por el *sabat* que se hizo construir que conectaba con el doble muro de qibla de la Mezquita y con la *masura*: espacio reservado para que pudiera orar aislado de todo el mundo.



Casi siempre la función crea el órgano. Así, pues, el *sahn* (patio de las abluciones)

musulmán es hoy *Patio de los naranjos* porque es este árbol el que predomina desde el siglo XVIII, pese a que en los primeros

años del XX, lo que tenía eran álamos. Lo que hoy es un lugar de trasiego de turistas que van y vienen, ayer era patio de las abluciones, escenario de la vida pública, sede de tribunales de justicia, centro de aprendizaje del Corán, entre otras actividades.

Para nosotros es también testigo del paso del tiempo. No hay más que ver los miliarios romanos de la Puerta de las Palmas, los capiteles visigodos, el musulmán engobe rojo de las dovelas, las vírgenes cristianas, la fuentes barrocas,...las papeleras del siglo XXI.

Hay que estar siempre limpio para Dios. Por eso, nadie entrará en la mezquita sin lavarse previamente y todos tenemos la obligación de realizar las *abluciones mayores (gusl)* en los baños (*hammam*) purificadores que permitirán validar ciertos actos. Este es el sentido de los *Baños de Santa María*, una interpretación arquitectónica y social de las termas romanas. No hay más que ver su patio, sus salas fría, templada y caliente y su uso social (conversar, cerrar tratos, pasar el tiempo,...), terapéutico (relajarse) e higiénico (disfrutar del baño,...). Esto es lo que hacían los musulmanes en los *Baños de Santa María*.

Mas, de nada sirve si no hablas con *Al-lah* cinco veces al día. Y para que no se te olvide –se dijeron los musulmanes y los cristianos, también, os haremos una *mezquita menor* que será lugar de oración y el centro de tu barrio. Y, en toda ocasión, el almúedano te convocará de viva voz desde el alminar. Un ejemplo de este tipo de construcciones lo tenemos en el alminar de San Juan de los Caballeros (S. IX-X), ubicado en plena Medina. Ejemplo también de cómo esta torre musulmana es convertida en campanario cristiano con sus campanas que sustituirán la voz del muecín.

Y es que Córdoba, como vemos, es algo más que un parque temático. Paseando por Córdoba no solo vemos los arcos de herradura de la Mezquita o el estilo renacentista de la Puerta del Puente, nos damos cuenta de cómo el pasado va determinando el presente.

Si los musulmanes gustan de la privacidad y la intimidad doméstica, ¿qué hacen?

Pues, nada, modulan el urbanismo haciendo irregular su trazado y estrechando sus calles, como ocurre en la *Calle del dromedario*, que no la *Calle del pañuelo*, porque su anchura no viene determinada por la longitud del moquero, sino por la del animal de transporte entre los originarios de la península arábiga.

Calle angosta que termina en un pequeño ensanchamiento que heredó la Iglesia a tenor del letrero aún visible en una dovela: *NVM 11º. CABILDO DE LA YGLESLIA*”.



Si la calle es una adaptación del trazado urbanístico, las casas son ejemplo de la evolución arquitectónica de los edificios. En la *Casa árabe* se puede entender cómo los musulmanes modifican la herencia de los romanos, separando el patio (iluminación, ventilación, agua, olor (plantas), bancos,

...) de la calle, sin que, por ello, deje de ser el centro de varias (cinco) casas (con balcones) interconectadas, con cuatro patios-plazas y un torreón. ¿A qué se parece a un patio andaluz-cordobés?

Es que Córdoba se nutre de su ayer. No lo olvidemos.